

## Alberto Gerchunoff (1)

---

Nuestro amigo Alberto Gerchunoff tiene en su obra de escritor y de periodista una característica muy encomiable: aborda los temas sin preámbulos, entra en materia inmediatamente, con la seguridad del hombre que sabe que el buen callar evita muchos tropiezos, cuando la discreción o el no saber lo imponen. El saber callar viene a ser, de tal suerte, la mejor introducción para todo aquello que por sabido y comprendido queremos comunicar a los demás. Y yo desearía imitar a Gerchunoff. Su labor es múltiple, y su último libro, *La jofaina maravillosa*, nos llega tan henchido de belleza, y es tanto lo que nos sugiere, que mi único temor y muy fundado es el de no saber decir todo cuanto cada uno de vosotros espera, siendo con razón exigentes para conmigo y no para con el autor.

Válgame como disculpa ésta de que no pretenda decirlo todo, y quede para cada uno de vosotros la propia o la renovada emoción al leer el bello libro.

De emoción y no de crítica han de tratar estas humildes palabras mías. Soy demasiado devota de la fina espiritualidad de Bernard Shaw para olvidar, por exacta y bien sabida, aquella su definición de los maestros ciruela erguidos en insoportables críticos. Shaw dice: « el que puede hace, el que no puede enseña ». Es, por cierto, una definición llevada al último extremo. Por esto ca-

(1) Conferencia pronunciada con motivo de la aparición de *La jofaina maravillosa*.

ben en ella todas las excepciones y en estas excepciones colocamos gustosos a todos aquellos que, con su acción o con su pluma, hacen crítica constructiva y no se detienen, como tantos otros, en el huero, pero tal vez elegante, pasatiempo de pretender desmigajar todo lo creado para concluir por confesarnos que son profundamente escépticos, que todo lo pasado fué mejor, que nada hay que hacer, pues nada perdura, que gozando de buena salud y excelente apetito, con gesto agrio y displicente, miran al buen sol que ríe en el azul, impidiéndoles decir, con excesiva frecuencia y lánguida expresión: *il pleut sur la ville comme il pleut dans mon cœur*.

La crítica que razona y es constructiva realiza una verdadera obra creadora. Es, a veces, el machete que abre nuevas picadas en la selva; es, otras, la fuerza que encauza una corriente, y en su función más cotidiana y noble, cuando se muestra pura y desinteresada, la que desarrolla y cultiva el buen gusto de las masas.

Gerchunoff, en su labor de escritor y periodista, es un excelente crítico. Si censura, lo hace con la claridad que sólo brindan los ejemplos; si alaba, subraya los valores y le imprime aún mayor relieve para beneficio de los lectores y muchas veces del mismo autor. Cuando Gerchunoff, refiriéndose a un hombre que «hace versos», le dice: «Si la poesía no es un instrumento de ideas, tampoco es un pretexto de equilibrismo» y agrega: «No pedimos a las almas a quienes repudia la realidad que consagren a sus minucias los cánticos que nos prometen, pero sí que no reduzcan las magnificencias con que sueñan a un valor puramente verbal», el autor de los pretendidos versos y el lector saben bien a qué atenerse: han comprendido.

Cuando, en sus *Notas sobre Emilio Zola*, ataca a Faguet y a toda su academia, su crítica y su ataque se transforman en un lindísimo estudio sobre Emilio Zola: la finalidad de su obra, la demarcación del ambiente, la exactitud visual y noblemente sensitiva de sus creaciones.

Gerchunoff es mordaz, no calcula, ataca con pasión, es un convencido y se explica que así lo sea. ¡Y cuántas veces le agradecemos la vehemencia de sus argumentos y la incisiva síntesis de sus

conclusiones! En *Alberdi y sus críticos* es implacable; y en *El credo de lo común y de lo heroico* cuántos le agradecerán junto conmigo su vigorosa zamarreada a este libro antipático, que nos ponen ante las narices en todas las escuelas: *El carácter*, de Smiles, tan odioso con sus máximas inaguantables: « querer es poder » y « la economía es la base de la fortuna ». Francamente, nos sentimos vengados cuando Gerchunoff lo define diciendo que para Smiles, « la vida es un programa de comerciante rural y la historia un balance de fin de año ». Jamás me he podido explicar por qué goza Smiles de tan curiosa difusión didáctica ni sé qué influencia ha podido tener en ningún carácter, a no ser el de la inmensa voluntad — que yo no tengo — de tolerarlo en los estantes de una biblioteca.

Vehemente en el ataque, Gerchunoff adquiere infinita suavidad en la ponderación de lo hermoso, en la exaltación de la bondad. Si discurre sobre arte, y es un brillante *causeur*, su mano, instintivamente, busca en los estantes de su bien nutrida biblioteca el álbum de grabados o el tomo de versos. Esta faz de su actividad de periodista es la que más influye y se refleja en su obra de literato. Artista, ama lo humano; tiene piadoso respeto por el dolor; venera lo bello; en la maldad ve la manifestación de lo horrible, y a veces, su frase de tranquilo desprecio es más impresionante que una imprecación. Siente siempre así y este modo de sentir es el que da una hermandad a todos sus escritos. No es sólo la forma: frase corta, concisa, que en seguida nos lo denuncia en su anónima labor de periodista, es también aquella manera tan suya de revelarnos sus sentimientos e interpretar los ajenos. El mismo soplo de fraternidad humana que anima, por ejemplo, el artículo *La propaganda armamentista* es el que empapa todo el libro *Los gauchos judíos*.

La multiforme actividad de Gerchunoff aseméjase a un prisma que descompone la luz, pero el rayo inicial es siempre la blanca luz. La técnica de Gerchunoff es sencilla y sin embargo difícilmente imitable, porque en él la forma está al servicio de la idea. No podemos compararlo con ningún autor, es muy personal, sien-

do ésta una característica que en este caso da vigor al escritor.

« La forma, dice Heine, es de por sí pensamiento. » Esta definición, más que ninguna otra, nos explica el inconfundible arte de Gerchunoff.

Más de una vez, al gustar sus artículos literarios, los relatos de *Los gauchos judíos* y *Los cuentos de ayer*, y al leer ahora *La joya maravillosa*, he pensado que no hay motivo ni razón para compararlo con los escritores rusos. Se hermana a ellos por el sentimiento y también por el dón de la medida. Los escritores puramente latinos fácilmente se alucinan, se desorbitan. Los rusos no. La realidad, generalmente dolorosa, los cautiva y en ella ahondan, cavan. Ahí está Turgueneff que, con una gracia de miniaturista, ha impresionado más que todo con el relato breve. Uno podrá olvidar más o menos fácilmente *Aguas primaverales*, *Demetrio Rudin*, *Humo*; podrá guardar larga impresión de *Padres e hijos*, pero no olvidará jamás los *Apuntes de un cazador*, y nunca podrá sustraerse a la angustia que nos atenaza al leer aquel relato de un desgraciado mujik que por orden de su ama mata al único ser que lo quiere y acaricia en este mundo de dolor: Mumú, su pobre perrito lanudo.

7 Casi todos los personajes de los relatos de Gerchunoff tienen cierto dulce recato en el sufrir y en la dicha. Almas sencillas, parecen no exigirle demasiado a la vida. Casi nunca piden y jamás imprecán. Podrá haber protesta en su sentir o en su actitud, mas no en sus palabras. Una serenidad de suave atardecer semeja envolverlos, y es, seguramente, a esta impresión que debo el recuerdo de una escena leída en Voltaire y capaz de encerrar todo un mundo. Menciono de ella tan sólo un breve diálogo: « En la fértil llanura de Zephirin, al pie del Cáucaso, junto a la frontera de la lejana Cólchide. El anciano Dondinak, terminadas las faenas de labranza, prosternado daba gracias a Dios, elevando sus preces junto con su mujer y sus numerosos hijos. Llegó hasta él Logomachos, teólogo de Constantinopla y, asombrado de que alguien pudiera rezar sin haber sido previamente instruido por él, interpe-  
ló al anciano Dondinak bruscamente: ¿Qué haces, idólatra? — No

soy idólatra, respondió Dondinak — . Debes serlo, puesto que eres escita y no griego. Y, dime, ¿qué canturreas ahí en tu bárbara jerga? — Elevo mis alabanzas al Señor... — ¿Y qué le pides? — ¡Nada! — ¡Cómo! ¿rezas y no pides? — ¡Oh, me guardo muy bien de pedirle nada al Señor. Temería serle molesto, pidiéndole buen tiempo cuando a mi vecino tal vez le hace falta que llueva...! — Ya me imaginaba que dirías algún disparate — , contestó el teólogo, furioso. »

De este sabio buen sentido del anciano escita Dondinak parecen estar animados los personajes más caros a la pluma de Gerchunoff. El viejo labrador de la llanura de Zephirin podría bien ser el patrono de *La jofaina maravillosa*.

La vulgar jofaina de barbero, que fué yelmo para Don Quijote y tornóse maravilla porque diéronle incomparable brillo las hazañas del esforzado paladín, es hoy, para nosotros, portadora, en su reducida cavidad, que se vuelve inmensa al conjuro de la fantasía, de una fuente inagotable, en la que puede mirarse como si cupiera en ella toda la magnificencia del cielo y de la cual brota cristalino el arroyuelo, que con su cantar de plata teje en el armonioso idioma de Cervantes, después de siglos y a través de distintas razas, la evocación del manchego.

Por encarnar sentimientos de amor al justo, protección al débil y exaltación de un ideal que ennoblece la vida, ha traspasado todas las fronteras y conquistado todas las lenguas.

Es evidente que Cervantes, al escribir su Quijote, no se esforzó en exponer una tendencia filosófica determinada. Tal vez tampoco se inquietó por descubrir el sentido oculto de la vida. Pero ambos surgen de su obra: sentimiento de amor y de solidaridad humana. Embellecimiento del propio yo en que, alucinados o no, somos forjadores de nuestra dicha espiritual. Este sentir, tan profundamente humano, es el que ha exaltado Gerchunoff en su nuevo libro. Posiblemente tampoco él tuvo el propósito de sistematizar estos sentimientos; pero los capítulos de su libro los exaltan y los subrayan.

Él nos dice, desde las primeras páginas, cuán prometedor es el

ensueño, cuán sedante es la poesía: « lo que está a tu lado ya no es más lo de cada día ». « Es el milagro de la poesía, que otorga tesoros a los que saben amontonarlos al conjuro de las bellas voces que pueblan esa región, limitada por la silla en que te sientas y la última nube que rodea la luna. » Y, de inmediato, en este magnífico estudio que se llama *Nuestro Señor Don Quijote*, al par que va perfilando la inmortal figura del caballero andante, Gerchunoff nos va diciendo su concepto del héroe, el verdadero concepto, puesto que son estos caracteres los que le han tornado inmortal. « Lo principal estriba en idealizar el destino del erguido brazo, embistiendo molinos o retando a rebaños de carneros; quien lee esos capítulos vuélvese adepto a esa religión de las ilusiones. No lo lamentemos. Al contrario, erijámosle en profeta a ese paladín y sigámosle por sendas y llanuras. » Don Quijote tiene el supremo heroísmo de desafiar el ridículo, y Gerchunoff nos dice que Don Quijote es una inmensa tragedia. Y con cuánta razón, entonces, afirma, que Cervantes es sobre todo un escritor realista. Y en una de las páginas del penúltimo capítulo, que modestamente llama « Acotaciones », y que tienen en la clara exposición de hechos una eficacia que envidiaría más de un historiador en boga, Gerchunoff nos dice que Cervantes tuvo su academia. La tuvo en el Corral de la Pacheca, donde se representaban las obras de Lope de Rueda. « Entre el denso pueblo — dice — se puso en contacto con las ocultas fuerzas del alma popular, cuyas agitaciones misteriosas comprendía y cuyas esperanzas confusas expresó en símbolos potentes. El gran escritor, el escritor de creación positiva, tiene su academia en la calle en que desfila la multitud, en los sitios en que la multitud se reconoce a sí misma. »

Y es por esto que, junto con la figura inmortal de Don Quijote, otros personajes perduran con él y los vemos desfilar en *La jofaina maravillosa*. « Es la Gitanilla, amor gitano, amor andariego por los caminos. Es el eterno romance de la mora que turba el alma de la España católica. » Es Lucinda, encarnación de la fidelidad. « En ella se copia el coraje de los grandes amores », dice Gerchunoff; y con palabras conmovedoras, termina el capítulo:

« Dios te dé a Lucinda, hijo mío ». Es luego Zoraida, la consoladora del prisionero. Es, en seguida, en Galatea, la tranquilidad misma. Y viene la inconfundible figura de Sancho Panza, razonador y heroico, pues que, a sabiendas de lo absurdo, sigue, a veces a pesar suyo, pero sigue a la quimera. Sancho Panza es inmensamente heroico; a él no le animan ilusiones, y sin embargo recorrer el arduo camino. Tiene un gran sentido común que, con cuánta razón se ha dicho, cuando es verdadero es el menos común de todos. Vemos luego a Dulcinea, embellecida por el fervor de su Quijote. Y Gerchunoff nos dice que hay que convertir la existencia en una ofrenda. Y nosotros pensamos, entonces, que la existencia es dura, es pedestre, cuando la traban el ama, la sobrina, el cura y el barbero; y la venganza es dulce, cuando la noche que ellos quieren arrojar sobre nosotros se abre en luz, gracias al mismo resplandor de las llamas que consumen nuestros bellos libros, echados por sus manos profanas a la hoguera.

Y llegamos a *La quimera*, que podrá aún ser menos bella que *La realidad*, porque Gerchunoff nos dice: « Ella será princesa o fregona según la calidad de tu corazón. » ¿Y acaso no es así? Y según la cualidad del corazón soportará las burlas y se elevará tanto por sobre ellas que parecerá no notarlas. « La risa de los necios es el ridículo que los grandes afrontan »; es también lo que más nos hace amarlos y, Quijote por Quijote, me llega el recuerdo de Zola, el Colomban del proceso Pirot de *La isla de los pinquinos*. Anatole France hace resaltar su figura, destacándola de todo el libro, en aquel admirable cuadro que no podemos recordar sin emoción: Colomban sale a pegar carteles; en el siglo xx no hay molinos que embestir en las calles de París; su lanza es la brocha del engrudo; fija su primer cartel de protesta: « Pirot es inocente » ante el asombro del primer necio que queda mudo de estupor; pero al décimo cartel la estupidez andante que pulula a su lado se revuelve en agresiva reacción. Colomban es golpeado, estrujado y arrojado a orillas del Sena con el destartelado coche y pobre caballo junto al cual se refugia. Chorreando barro y agua, se incorpora deshecho, lastimado; sus manos sangran y, mientras

se alejan las voces que lo befan, sus pobres manos acarician la cabeza triste del rocín y su voz murmura como un desafío al inmenso París, sobre el cual cae la noche : ¡ Habrá que recomenzar, mi viejo ! ¡ Habrá que recomenzar !

Y quién sabe si este viejo rocín de un destartelado fiacre, al escuchar estas palabras, no habrá soñado como su augusto antepasado Rocinante : educar a algún jumento para caballo de paladín.

Llegamos a dos de los capítulos más hermosos de *La jofaina maravillosa* : *La santa palabra* y *Señor de la piedad*. Los conocéis. Gerchunoff, hace pocos días, nos los leyó aquí. Su dicción clara, que tiene mucho del pausado ritmo del péndulo, nos los hizo gustar. Son dos capítulos que mejor nos definen al autor de la Agenda Cervantina. Su concepto de la dignidad humana, que debe ser despertada en el ser más humilde o caído, por la propia dignidad de quien se siente y sabe puro, es una de las más bellas y más severas lecciones. « Tomándome por señora, hizome señora » ; esta frase en boca de una moza de la venta dice y sugiere más, mucho más, que un largo y aburrido tratado de moral.

En *Señor de la piedad* la pluma de Gerchunoff se agiganta : es el esbozo grande terminado con delicadezas de filigrana. De las fuertes ideas vertidas en las entrevistas con Mefistófeles, Carlos Marx y Shylock, en las cuales sentimos palpitar la lucha secular contra el privilegio, dice Gerchunoff : « Unos se sublevan porque carecen del bienestar y otros porque esto falta a los demás ». Frase de donde se desprende la piedad, dulce consuelo que animó las más bellas plumas.

En su entrevista con Mefistófeles y refiriéndose a aquellos que sin ser obreros supieron defenderlos, Gerchunoff nos dice : « Es que eran poetas o filósofos, espíritus en quienes se refleja la inquietud universal. La noción de justicia los indujo al amor de la humanidad ». Y en *Señor de la piedad*, agrega : « Todo grande heroísmo tiene por resorte oculto el amor a la humanidad », y más luego : « Si nombramos a uno que vivió centurias atrás, es porque algo ha hecho o algo ha dicho que viene en alivio de nuestra pena

desde el áspero profeta hasta aquél que combinó, para consolar-nos, palabras deliciosas. »

¿No es éste el más bello de los conceptos en que debe fundarse la más sana inmortalidad?

Y el consuelo vertido hace siglos seca las lágrimas del niño obrero y humedece las pupilas profundamente azules de la madre. « De tan tristes que estábamos nos poníamos alegres »; y esta frase dolorosa y heroica se enlaza en mi recuerdo con el lema de la IX sinfonía de Beethoven, este otro gran mago del consuelo, que dice: « Por el dolor a la alegría. »

En *La dulce desconocida* y en el *Epilogo* alternan dos temas muy frecuentes en la sensitiva prosa de Gerchunoff: la suave melancolía y la fe en el esfuerzo humano. Evocando a la dulce desconocida, consoladora del Caballero de la Triste Figura, le dice: « Si fuera músico o poeta haría de tu nombre una canción, una canción de infinita dulcedumbre para que los hombres la repitieran al amar y al sufrir, en el momento en que la felicidad se acerca o en el instante en que todo se ennegrece. »

Esta canción ya fué rimada por Alberto Gerchunoff: ella vibra en cada página de este nuevo libro que llega a nuestras manos como un presente.

Tendrá su lugar en nuestro recuerdo y su sitio en el estante, junto a los libros más queridos, fieles amigos de todas las horas.

Y, abriéndolo, nuestro labio dirá gustoso la plegaria a Don Miguel Cervantes Saavedra: « Bendito sea, porque supo decir cosas bellas, ya que sólo las cosas bellas viven y perduran en el tiempo sin fin. »

VICTORIA GUCOVSKY.